

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: ¡Qué Señor maravilloso! – Impresiones de
la vida terrenal del Hijo de Dios del evangelio
de San Juan (cap. 8:12-59 continuación)
(8 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Juan 8:12; Salmo 23:1-6

Luz en la oscuridad

Así se titula la película acerca de la vida de Helen Keller. A los 19 meses perdió la audición y la visión debido a una enfermedad. Cinco años después una profesora comprometida, incluso con discapacidades visuales, arrojó luz en la oscuridad de la niña sorda y ciega. Helen aprendió el abecedario para palpar con los dedos y descubrió las relaciones entre los objetos y los conceptos. Para ella se le abrió un nuevo mundo.*

Luz en la oscuridad – de esto se trata en el capítulo 8 del evangelio de Juan: “Yo soy la luz del mundo” dijo Jesús y con esto invita a salir de la oscuridad y llegar a su luz. A la adúltera, que por los fariseos fue llevada a la fuerza delante de Jesús, le prometió el perdón de sus pecados y le abrió una nueva perspectiva de vida: luz en lugar de oscuridad. Así ella pudo comenzar una vida real y sincera y dejar atrás la de secretos, engaños y de autoengaño (Jn. 8:1-11).

Luz en la oscuridad – David, el pastor y que más tarde fue rey de Israel, testifica en su conocida canción la presencia de Dios también en situaciones de vida angustiosas: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento”. También en el Salmo 18:28b describe sus experiencias con Dios: “Jehová mi Dios alumbrará mis tinieblas”.

Si pertenecemos a aquellos que están ante el decisivo paso a la luz de Dios, o si vivimos como hijos de Dios y sufrimos por tiempos de oscuridad, David nos alienta a poner nuestra confianza al singular y maravilloso Señor: “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?” (Sal. 27:1a; comp. Jn. 11:40).

*La estadounidense Helen Keller (1880-1968) estudió más tarde varias idiomas extranjeras y se convirtió en una conocida escritora que dio nueva vitalidad a muchas personas sordas o ciegas. También se le llamaba “ángel de los ciegos”.



Día 2

Juan 8:13,19,55; 1.Juan 4:14-16

Contrastes

En los próximos días completaremos las explicaciones de Jn. 8:12-59* y consideraremos algunos *contrastes* que encontramos en estos versículos. El trasfondo son las discusiones entre Jesús y los líderes espirituales de Jerusalén que lo rechazan como Hijo de Dios (comp. Jn. 7:30; 8:59).

1. *¿conocer o reconocer?* En griego hay diferentes conceptos por el conocimiento (conocer) y el reconocimiento. Jesús revela en su conversación con sus oponentes que es una buena cosa tener mucho conocimiento acerca del contenido de las Escrituras. Pero este *conocer* no lleva automáticamente a *reconocer* el mensaje que Dios el Padre, en la persona de Su Hijo Jesucristo, trae a nosotros los hombres. El reconocer y aceptar lleva a una relación viva entre Dios y nosotros. Se trata de una relación de amor que se realiza en el centro de nuestra personalidad – llamado también corazón o alma.

En su primera carta el evangelista Juan describe los efectos del amor de Dios en nosotros. Por medio de ellos, nosotros los creyentes vemos en Jesús el Hijo de Dios, nos unimos a Él y le entregamos nuestra vida. Nosotros reconocemos a Jesús como aquel que era en el principio y sigue siendo así. Recibimos la capacidad de amar a Dios y aprendemos a guardar Su palabra. En nosotros crece el amor hacia nuestros hermanos en la fe. (Lea 1.Jn. 2:3-5,13; 3:14-18; 4:7-9.)

¿Como puede un hombre llegar a este reconocimiento? Para esto se necesita la revelación de Dios; por la propia fuerza no es posible (vea 2.Co. 4:6; Gá. 1:15,16a). El Señor se la otorga a aquel que se la pide. Cuando Pedro confiesa: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”, Jesús le explica: “no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt. 16:17b,17b) ¡Cuánta razón para regocijarse!

*(vea el documento del tema anterior)



DÍA 3

Juan 8:12-19,26-29.42; Lucas 4:16-21

¿Por orden de quién?

En la conversación entre Jesús y sus críticos se muestra otro contraste con la pregunta:

2. *¿Actúa Jesús por propia determinación o por orden de su Padre celestial?*
Rotundamente Jesús aclara que no hace nada por sí mismo, “sino que según me enseñó el Padre, así hablo” (Jn. 8:28b; comp. Jn. 4:34; 5:30; 7:16,29). Jesús es el enviado por Dios, en el que se cumplen las promesas del Antiguo Testamento: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (comp. Is. 61:1-3). Como enviado Él está al servicio de su Padre que le ha dado una misión y le ha dado autoridad para cumplirla. En íntima comunión con Él, el Hijo una y otra vez se orienta por la voluntad del Padre. Su envío no sirve para la finalidad en sí, sino tiene una clara meta: la salvación de los hombres del poder del pecado (Jn. 3:17). Este es el centro del actuar de Dios en la historia.

En el jardín de Getsemaní Jesús lucha en oración con su Padre, para encontrar otro camino, no el de la cruz: “Padre mío, si es posible ...” Pero Él sigue siendo fiel a su llamado: “... no sea como yo quiero, sino como tú” (lea Mt. 26:36-46).

Jesús el enviado, se constituye Él mismo en el enviador, al comisionar a sus discípulos como mensajeros de gozo al mundo (lea Jn. 17:18; 20:21).

Es bueno que, como enviados, nos orientemos en Jesús y a su actitud, poniendo la gloria de Dios en primer lugar. Queremos seguir a Él, para “la alabanza de su gloria” (Ef. 1:12).

Si nos preguntamos: “¿Qué motivación *me* impulsa?”, podemos pedirle al Señor: “¡Sé *tú mismo* mi gozo y protégeme en *tu* camino!” Él promete: “Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar” (Sal. 32:8).



Día 4

Juan 8:23; Colosenses 3:1-3

¿En qué modo de pensar?

El siguiente contraste completa el de ayer:

3. *¿De arriba o de abajo?* Aquí Jesús no hace una diferencia de lugar. Mas bien descubre el abismo entre sí y sus críticos, entre el reino de Dios por un lado (de arriba) y el mundo pecaminoso, impío por el otro lado (de abajo).

El modo de pensar del hombre natural sin Dios está moldeado por el mal, opone resistencia a Dios y a Su palabra. Ninguna persona tiene acceso a la comunión con Dios por su propia fuerza. Para conseguirlo, el hombre necesita la renovación de Dios, desde arriba*, de lo nuevo (lea Jn. 1:13; 3:3; Stg. 1:17,18). Esta renovación efectúa en él el modo de pensar diferente.

Por la relación viviente con Jesucristo, quien viene de arriba (Jn. 3:31), crece en el hombre renovado, espiritual, el deseo por todo lo que pertenece a Dios y a su gobierno; él se orienta totalmente por Dios y su mundo celestial. Él recibirá la sabiduría divina que se diferencia claramente de la terrenal la cual se revelará en la vida diaria: “Si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, esta sabiduría es terrenal. ... Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía” (Stg. 3:14,15,17).

Cuando Pablo exhorta a los cristianos de Roma a transformarse mediante la renovación de sus sentidos, no se opone a Juan y Santiago, sino que completa lo que ellos dicen. Como hijos de Dios, aprendemos concretamente a “abrir” los regalos que nos han sido hecho desde arriba y a dar cada vez más espacio a la mentalidad divina en nosotros (comp. Ro. 12:1,2; Gá.5:19-26).

¿Y si fallamos? Entonces confesamos en oración nuestra culpa, por ejemplo: disputa, impaciencia o envidia; pedimos perdón a Jesús y le agradecemos, que Él con su carácter apacible y paciente quiere gobernar en nosotros.

*Pongamos atención: Cuando Jesús murió, el velo del templo que estaba entre el lugar santísimo y el lugar santo se rasgó desde arriba hacia abajo, el camino hacia Dios estaba abierto nuevamente (Mt. 27:51).



Día 5

Juan 8:37-45; 17:1-3

Paternidades

Muchas veces se puede observar, que se reflejan en los hijos algunas características de los padres o de otros parientes. En la discusión entre Jesús y sus críticos se trata con otro contraste acerca de la cuestión de las “paternidades”:

4. *¿Quién tiene a quién por padre?* Jesús menciona algunas observaciones que permiten una sola deducción: las personas aludidas según su orientación interna no tienen por padre a Abraham, ni a Dios, sino – en sentido figurado – al diablo. Jesús en cambio es reconocible como Hijo del Padre, porque hace las obras del Padre.

¿Hijos de Dios o hijos del diablo? ¿Por qué Jesús utiliza esta comparación drástica y provocativa? Jesús comienza a descubrir aquí la profundidad total de este contraste.

Volvamos al comienzo de la historia de la humanidad. En la forma de serpiente el diablo (también –“separador”, “difamador”, “adversario”) tergiversó las palabras de Dios y sedujo a los primeros hombres a la rebelión y desobediencia contra Dios. Con esto trajo la muerte al mundo (Gn. 2:16,17; 3:1-6; Ro. 5:12). Hasta el día de hoy, él es “el padre de la mentira”, que nos quiere separar de Dios (lea 1.P. 5:8; Ef. 6:11).

Recordemos los tres desafíos con los que intentaba engañar y seducir a Jesús para que desobedeciera a Su Padre. Así quería anular el plan de Dios para la salvación del hombre. (Mt. 4:1-11).

Jesús como Hijo de Dios es la verdad en persona. Él personifica todo lo que corresponde a la voluntad de Dios. Él es el camino, la verdad y la vida (Jn. 14:6). Las claras palabras para sus adversarios entre los judíos son una llamada de atención al retorno interior a Él, el Verdadero. También para ellos esta vigente: Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1.Ti. 2:4).



DÍA 6

JUAN 8:31-36; ROMANOS 8:14-16

¿Esclavo o hijo – esclavizado o libre?

¿De qué o de quién dependo? ¿Quién o qué gobierna sobre mí? ¿Acaso no nos encontramos todos en dependencia: económicas, sociales o jurídicas? No somos libres. La Biblia descubre una profunda verdad: ¡siendo pecadores somos esclavos del pecado! En este contexto Jesús trata con el siguiente contraste:

5. *¿esclavizado o libre?* Con otras palabras: ¿somos “esclavo” o “hijo”? Siendo esclavo del pecado tengo que pecar (comp. Ro. 6:16; 7:19,20). Interiormente estoy atado al poder del pecado que me destruye. El apóstol Pablo ha desarrollado en forma especial la liberación del poder del pecado por medio de Jesús (Romanos cap. 6 al 8). “La liberación sin el Padre es solo una ilusión. Siempre nos esclaviza algo. ¡Solo Jesús el Hijo de Dios nos libera verdaderamente!” (G. Schnitter).

Jesús completa su diagnóstico despiadado con el mensaje transformador de vida: “Si vosotros permanecieréis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. ... Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Jn. 8:31,32,36).

Cuando Jesús, el inocente Hijo de Dios y la verdad en persona, llega a mi vida, el poder del pecado se quiebra: ¡yo soy libre! Entonces ya no soy más esclavo del pecado, sino hijo de Dios. Porque estoy puesto en una nueva posición por mi Padre celestial (lea Ef. 1:5,11; Col. 1:13), tengo todos los derechos y libertades de hijo y aprendo a ser responsable de esto. Justamente porque ya no tengo que pecar, pero aún lo puedo hacer, quiero cuidarme del pecado, para honrarle a mi Señor y Libertador. Esto seguirá siendo un campo de ejercicios diarios (lea Hch. 24:16; 1.Jn. 2:1,2).



Día 7

Juan 8:21,24,34-36,51; Romanos 1,1; 6:20-23

Siervo y sierva con perspectiva de la eternidad

Nos sorprende: aunque Pablo ha encontrado en Jesús la libertad, se denomina a sí mismo como esclavo o siervo (comp. Lc. 1:38; 2.P.1:1). Se relaciona así con la autodenominación de los delegados de Dios en el Antiguo Testamento, que consideraban como título de honor supremo ser siervo de Dios (por ejemplo Jacob: Gn. 32:10; Josué: Jos. 5:14; David: Sal. 86:2). Ellos reconocieron su valor en la grandeza de su Señor, al que le servían. Incluso al venidero Mesías se le anuncia como Siervo de Dios (lea Is. 42:1; 49:6; 52:13; 53:11).

“El pecado disimula la libertad y te hace su siervo. Tu Salvador te da la posición de siervo y, sin embargo, da los derechos de filiación” (J. F. Ahlfeld). Aquel que con fe se entregó a Jesucristo y que vive con Él, puede decir: yo pertenezco a mi Señor, el que me ha regalado la nueva vida de Dios. Por el poder del Espíritu Santo sirvo a Él para su honra. Esta nueva y eterna vida me lleva a través de mi vida terrenal y tiene como meta la eterna comunión con Dios en su gloria.

Nuevamente Jesús confronta a sus críticos con otro contraste:

6. *Morir en pecado o vivir eternamente.* Jesús habla de la separación interior de Dios, de la muerte espiritual, que es acompañada con pensamientos ególatras, dependencias terrenales, incredulidad y premeditado desconocimiento (Jn. 8:21-29).

Sin embargo, nuestro Señor y Redentor no quiere la muerte del pecador, sino que este se convierta y viva. “De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte” (v.51). Con esta invitación Jesús se refiere a sí mismo como la personalidad absoluta y central, a la que se dirigen todas las promesas y en torno a la cual gira toda salvación del mundo. Por amor a sus interlocutores los corteja con toda intensidad. ¡Qué Señor maravilloso!



Día 8

Juan 8:51-59

De la eternidad a la eternidad

Jesús promete a todos los creyentes la comunión con Él en la gloria eterna (comp. Jn. 14:1-3; 17:24). Con su declaración: “Antes que Abraham fuese, yo soy” indica que Él es existente sin comienzo. En Él fueron creadas todas las cosas y subsisten sólo en Él.

Así lo testifican entre otros el evangelista Juan (Jn. 1:1-3,15), el rey Salomón en su descripción de la sabiduría de Dios (Pr. 8:22-31) y el apóstol Pablo (Col. 1:17). Desde la eternidad junto a Su Padre, Jesús salió y se humilló hasta la muerte en la cruz por amor a nosotros (Mi. 5:2; Fil. 2:5-11). Desde Su resurrección y ascensión está sentado en el trono a la derecha de Dios y gobierna desde la eternidad hasta la eternidad (Ap. 11:15).

Con nuestro entendimiento no lo podemos comprender ni captar, porque la grandeza de nuestro Dios sobrepasa totalmente nuestra posibilidad de pensar. Nos detenemos a admirar a nuestro Señor majestuoso. Pero también hay épocas en las que nos cuesta mucho conectar las angustias y problemas, tanto personales como también las de todo el mundo, con el poder de Dios y sus posibilidades. Muchas cuestiones quedan sin respuesta. Sin embargo esto no debe impedirnos a adorar a nuestro Señor, y confiar de que Su Palabra es verdadera y que nunca nos engañará.

Aquel que es desde la eternidad y seguirá siendo el mismo por toda la eternidad, el que tiene toda la creación en su mano, Él conoce por completo nuestra pequeña vida y nos guarda en Él, a través de todas las crisis. Por eso podemos ir confiadamente por nuestro camino bajo su guía: “Dios lo hace bien. Ante Él todo está claro, Él sigue siendo el mismo que es y que era. Lo que promete en su palabra permanece para siempre, no lo rompe. Queda así, porque Dios es fiel: Dios lo hace bien” (H. Winkel).

